

**Richard Pring (2016). *Una Filosofía de la Educación políticamente incómoda* (Ed. a cargo de María G. Amilburu). Madrid, Narcea de Ediciones. 158 págs. ISBN: 978-84-277-2156-2 (e-Book: 978-84-277-2157-9)**

**Alberto José Pazo Labrador**  
apazo@uvigo.es  
Universidad de Vigo

---

Fecha de recepción: 30-9-2016. Fecha de aceptación: 20-10-2016  
Dirección de contacto:  
Alberto José Pazo Labrador  
Facultad de Ciencias da Educación e do Deporte  
Campus A Xunqueira, s/n  
36005 PONTEVEDRA

El libro de Richard Pring *Una Filosofía de la Educación políticamente incómoda*, supone una inyección de energía positiva y una ráfaga de iluminación ante el panorama educativo contemporáneo, algo sombrío. Si bien el contexto de los escritos está acotado a lo que ocurre en el Reino Unido, nada de lo que en ellos se comenta nos es ajeno en España e indica por dónde van a ir las cosas –están yendo ya de hecho– en un futuro próximo.

Formalmente se trata de una recopilación de artículos y conferencias publicadas originalmente por el autor entre 1999 y 2013 que, por primera vez, aparecen traducidos al castellano. Es una buena noticia dado que Pring tiene una larga y fecunda trayectoria como filósofo de la Educación, culminando en su puesto como Catedrático Emérito de Filosofía de la Educación de la Universidad de Oxford. Los trabajos han sido recopilados, traducidos y adaptados por María G. Amilburu, Profesora Titular de Filosofía de la Educación en la U.N.E.D., a la que hay que “reprochar”, que no haya indicado en cada capítulo la procedencia original de cada uno de ellos (lo hace en los agradecimientos al final), para poder contextualizarlos en el mismo momento de su lectura. Pero ello es algo secundario ante la posibilidad que se nos ofrece de poder aprender y disfrutar de la sabiduría que destilan estas páginas y que nos impregna casi de forma hipnótica.

Hay una frase de Pring que condensa, a mi parecer, su manera de entender la Educación: “Educar es desarrollar la capacidad de pensar, juzgar, comprender, razonar y apreciar” (p. 89). A partir de este eje, de esta idea central y recurrente, se articulan el pensamiento y las reflexiones de los distintos trabajos, organizados en capítulos, integrados a su vez en dos grandes partes. Y en ellos se dedica a elaborar y a lanzar píldoras lúcidas sobre lo que no debe ser la Educación y, sobre todo, sobre aquello en que no debe convertirse, pero que ya se está materializando en todos sus niveles. Su dilatada y brillante trayectoria académica y científica lo avalan para poder elevar su voz, a la vez con distancia y con profunda implicación y sentimiento, sobre las paradojas de la sociedad actual: una sociedad es resultado de la Educación que reciben sus miembros, que no debe atender más que a aquellos criterios que redunden precisamente en el bien de la propia sociedad y en la plenitud de sus componentes como seres humanos.

La primera parte del libro recoge trabajos de Pring sobre los que se pueden considerar *Los fines de la Educación*, analizando su naturaleza y su destino último que es conseguir personas “educadas”. Precisamente, el autor se preocupa especialmente de hacer explícito qué es una “persona educada”, que tiene mucho que ver con “ser persona”. En *¿Qué es una persona educada?* (capítulo 1) reflexiona sobre estas circunstancias, que se pervierten con el nuevo lenguaje que impregna las políticas y la práctica educativa: objetivos rígidos, indicadores de rendimiento, el profesor como mero dispensador de un currículo,

salarios en función de los resultados..., es decir, la Educación concebida como una serie de medios para alcanzar fines no exclusivamente educativos dictados por las reglas del mercado, en un contexto de comercialización de las instituciones y de mercantilización de las relaciones sociales. Esa concepción de la Educación como una actividad empresarial es retomada en el capítulo 2, *El contexto de la Educación: ¿Monasterio o mercado?*, donde reflexiona sobre el ideal de Educación, entre la educación *vocacional* (orientada mayoritariamente o exclusivamente hacia el ejercicio profesional) y la educación *liberal* (formación humanística, verdadera formación de la *persona*) que no deben, o no deberían, ser contrapuestas. De esta manera, el mercado como metáfora es lo opuesto al monasterio cuando se habla de Educación. Así, educar se convierte en dispensar un currículo, una “mercancía”, cuyo valor establecen los clientes, en función de los resultados que marcan los que controlan la mercancía (*competencias* bien definidas; por cierto, ¿alguien ha pensado alguna vez seriamente sobre el significado siniestro de esta palabra?), todo dentro de un marco de garantía de la calidad a través de estrictos controles de esta calidad. ¿Nos suena de algo? Las necesidades personales de los alumnos no importan, si lo que se les garantiza es conseguir unos resultados *medibles*, demandados por el mercado.

En el capítulo 3 se reflexiona sobre *La Escuela Común*, ideal propuesto por Dewey, es decir, la Escuela como un agente de la comunidad que hace accesible a los más jóvenes la cultura de la que forman parte. Los objetivos, los pros y los contras de la consecución del ideal de la Escuela Común en el Reino Unido, se analizan con rigor y de modo exhaustivo, pudiendo extraer enseñanzas que también nos pueden concernir en nuestro contexto en gran medida, porque muchas de las cosas que se refieren nos son cercanas. El capítulo 4, *La necesidad de una visión más amplia de la Educación*, incide en lo anterior, en cómo la Educación debe estar encaminada a ayudar a “aprender a ser humanos”, y no deben desdeñarse en el currículo materias como el Arte, el Teatro, la Literatura o la Historia, que, si bien no proveen aprendizajes *medibles* estrictamente, sí que contribuyen a esa visión más amplia de la Educación que el autor cree que se ha perdido.

El capítulo 5, de título provocador, *¿Fue Dewey el salvador de la educación norteamericana o peor que Hitler?*, recupera la figura de

John Dewey, y analiza de forma crítica sus postulados y sus fundamentos filosóficos expresados en “Mi Credo Pedagógico”, baluarte de la superación de una “educación tradicional”. Esos postulados son muy actuales, sobre todo ante la “revolución” de la Educación en EEUU y Gran Bretaña (también en nuestros lares), que se caracteriza “por el desprecio de la experiencia personal y la tradición profesional; por la transferencia de responsabilidad educativa desde el sector público al privado, en concreto, a las empresas con ánimo de lucro; por un énfasis en la competitividad a expensas de la colaboración, la desprofesionalización de los profesores y una equiparación entre ‘lo que es digno de ser aprendido’ y ‘lo que es medible y cuantificable’ ” (p. 82). De nuevo, ¿nos suena?

La segunda parte se titula *Necesidad de una Filosofía de la Educación en las políticas y en las prácticas educativas*. Es un conjunto de trabajos, a mi parecer un tanto dispersos, que aboga por la necesidad de la reflexión filosófica que debe producirse tanto en el aula, por parte del profesor ante su labor, como en la investigación educativa y en la políticas educativas. Nuevamente, esto se muestra como necesario ante los discursos emanados de los omnipresentes postulados del mercado. Así, en el capítulo 6 titulado *Políticas y prácticas educativas basadas en evidencias*, se vuelve a reflexionar sobre lo perverso de considerar la eficacia educativa como algo dependiente exclusivamente del rendimiento académico del alumno, expresado en evidencias, que en el verdadero proceso de “educar”, de aprender a ser persona, no se pueden medir, es prácticamente imposible. Como muy bien dice, “hablar de la ‘interacción con un texto’, de la ‘transacción entre el profesor y el alumno’, del ‘valor intrínseco de una actividad’, del ‘afán por aprender’ y ‘el desarrollo personal’ es lo más opuesto al lenguaje de los ‘objetivos’ y de los ‘indicadores de rendimiento estandarizados’ o de las ‘conclusiones generalizadas’ a partir de unas intervenciones prediseñadas” (p. 93). Y eso es así aunque a muchos pedagogos se les llene la boca con expresiones del tipo “flexibilidad curricular”. Nuevamente, el lenguaje de la gestión empresarial no encaja dentro de los fines de la buena educación.

En el capítulo 7, *Los falsos dualismos de la investigación educativa*, analiza de forma crítica dos paradigmas aparentemente opuestos en investigación educativa, como la investigación cuantitativa y la investigación cualitativa. Según

el autor, el dualismo entre ambos modos de afrontar una investigación educativa es falso, aunque ambos procederes obedezcan a planteamientos filosóficos distintos: en investigación educativa, y para comprender adecuadamente el proceso educativo, tan necesario es un análisis cuidadoso y detallado de la situación y el contexto social, de la interpretación de los participantes, de la consideración de sus valores..., que difícilmente pueden ser generalizables, como las comprobaciones empíricas, cuantificables y generalizables siempre que sea posible, aunque sometidas a la posibilidad de falsación, en aras siempre de enriquecer el proceso.

En el capítulo 8, *Las virtudes y los defectos del investigador educativo*, se aborda la dimensión ética del investigador en Educación, reflexionando a partir de cuatro ejemplos de comportamiento y sus implicaciones. Los principios y las reglas generales que deben regir en una investigación científica, en una investigación educativa, no deben ignorar una serie de virtudes que deben acompañar a todo investigador y a toda comunidad de investigadores, para respetar a los sujetos investigados, para asegurar la veracidad de los resultados, así como para garantizar la independencia frente a los intereses de quienes financian o sustentan los proyectos de investigación.

El capítulo 9, *Las Universidades y la formación de los futuros profesores*, reflexiona sobre el replanteamiento de cuál es y de cuál debe ser la aportación específica a la formación de profesores por parte de estas instituciones. A la luz de lo que se indica en este capítulo, y a pesar de que su redacción data de 1999, lo que está ocurriendo en el Reino Unido es un aviso para navegantes de lo que puede llegar a ocurrir aquí, de asumir comportamientos similares (algo bueno debe de tener el *Brexit*, sin embargo). Si la Universidad moderna se ha convertido en una suerte de *holding* empresarial en el que las distintas filiales comercian, cooperan y compiten como las demás empresas comerciales (p. 130), las finalidades y la concepción de la formación de profesores cambian (por los rápidos cambios organizativos y financieros de las propias Universidades), y lo hacen a un ritmo rápido, de manera que la formación inicial y permanente de los profesores estará

cada vez más en manos de instituciones externas, y más vinculada a los profesionales que trabajan en las propias escuelas. Si es cierto que las barreras entre los diversos niveles educativos deben derribarse y permeabilizarse las relaciones entre ellos, tanto en la formación de profesores como en la investigación educativa, no es menos cierto que de nuevo estamos “ante el lenguaje y las trampas que tiende la nueva gestión educativa de inspiración empresarial, que perjudica a las Universidades, erosiona la tradición crítica, y silencia o ignora toda voz independiente. Asistimos, en definitiva, a la adaptación pragmática de las instituciones al balance presupuestario” (p. 136). Excelente capítulo y excelentes reflexiones.

El último capítulo, *Recuperar la Educación*, retoma buena parte de las ideas expresadas a lo largo del libro, y se centra en valorar la figura del profesor en el proceso educativo. El profesor debe ser un “guardián de una cultura”, frente a la interpretación actual de la Educación reduccionista y técnica, y tener como meta ayudar a conseguir la plenitud humana de sus alumnos. El profesor debe ser “pensador del currículo”, pensador activo, y no mero “dispensador”, y debe ser el agente fundamental en el desarrollo de los jóvenes para participar en un orden social democrático antes que plegarse a cumplir unos objetivos de rendimiento rígidos, dictados por el gobierno a través de sus políticas educativas. En esencia, “los profesores son esenciales para la conservación y transmisión de lo que se necesita para vivir de forma civilizada y para comprender qué significa ser humano en un mundo que con excesiva frecuencia es inhumano y desprecia a los más vulnerables” (p. 152).

Este libro, en suma, expresa lo que muchos pensamos y tal vez por “educación” no nos atrevamos a decir abiertamente y en voz alta, frente a la osadía de aquellos que, pretendiendo estar en la vanguardia pedagógica, no perciben que se convierten en meras correas de transmisión –o simples marionetas– de los sacrosantos y totalitarios principios del mercado. Escuchamos en Pring la voz de la experiencia y por eso debe ser bienvenida esta obra “políticamente incorrecta”.